

Barcelona, 23 de marzo de 1974  
Número 1.903 - 30 páginas

# DESTINO

## REFLEXIONES SOBRE LA MONARQUÍA INGLESA

por José Antonio Jáuregui



Portada: La reina Victoria y su real familia en 1846. (Pintura de Winterhalter)

En este número:

# DIONISIO RIDRUEJO

por Francisco Umbral

# REFLEXIONES SOBRE LA MONARQUÍA INGLESA

tótem, exaltarlo y venerarlo en una atmósfera de gran fervor, entusiasmo y aun delirio colectivo; 2) Tiende a ser representado de mil maneras y en toda suerte de objetos, de forma que los miembros de la sociedad lo ven continuamente día a día y, por tanto, penetra sutilmente en los soterráneos de sus mentes; 3) Es considerado o percibido —sea cual fuere su valor intrínseco y real— como un ser perfecto, intachable y prototipo de la raza; 4) Es intocable e incensurable: nadie puede hablar mal de él o dañarlo de la forma que fuere. Por eso el crimen más grave y nefando consiste en denigrar y renegar del tótem; 5) Vive en una mansión especial, más noble, mejor decorada, distinta de todas las demás; 6) Tiene un carácter religioso y está vinculado con la esfera de lo sobrenatural.

## Lo que va de la reina al primer ministro

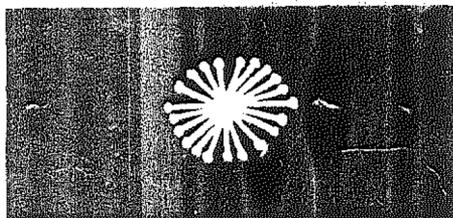
Un análisis desapasionado y objetivo de los hechos sociales revela cómo el fenómeno totémico, lejos de ser privativo de una época menos desarrollada e inferior de la humanidad (que, según un prejuicio «civilizado», serían las sociedades primitivas), subsiste en las sociedades tecnológicamente más desarrolladas y políticamente más sofisticadas. Las formas que reviste varían, pero el tótem sigue sustancialmente incólume en nuestras sociedades más avanzadas, e incluso, como veremos, irrumpe a las veces con una fuerza y violencia fuera de todo cálculo.

En ciertas sociedades, como en la antigüedad clásica y en la Europa preindustrial, el tótem se encarna en una persona que al mismo tiempo es detentadora del poder secular. Tótem y líder coinciden en la misma persona. Las características del tótem se cumplen al pie de la letra en este tipo de monarca. En ciertas naciones europeas y en otras sociedades civilizadas se ha dado al traste con la monarquía, creyendo de tal suerte haber arrancado de raíz el culto atávico al tótem ya anticuado, desfasado, irrelevante y hasta indigno de una sociedad que se rige por la razón y el cálculo.

En otras sociedades, como en la Gran Bretaña, fiándose tal vez más en un *feeling* de talante pragmático («it does work, despite everything») que en especulaciones teóricas de la razón razonante, sigue en pie la monarquía, pero una monarquía despojada de todo poder secular o político. Así se viene a canalizar perfectamente esa necesidad de la sociedad de dar un culto al tótem y, por otra parte, al líder —o primer ministro— no se le da oportunidad alguna de ser objeto de ningún asomo siquiera de culto totémico.

La historia nos advierte del peligro real que existe cuando tótem y líder coinciden en la misma persona. El peligro es doble: por una parte, como hemos visto en demasiadas ocasiones, el rey, al ser objeto de un tal culto como corresponde al tótem y disponer de la vara de mando, se convierte en un déspota intolerable y llega a cometer toda suerte de abusos y atropellos. Al mismo tiempo, cuando la corona se cinea sobre las sienes de un rey nacido botarate y enclenque de ánimo, pero que, por ser venerado por su pueblo, se cree un semidiós, las consecuencias desgraciadas que se acarrearán para dicha sociedad no tienen cuento.

Ambos peligros quedan paliados admirablemente en una sociedad como la Gran Bretaña. La reina aparece representada, como el tótem, de mil maneras: en sellos, en monedas, en cuadros que presiden edificios y salas públicas. En cambio mister Wilson no tiene posibilidad alguna de aparecer en las monedas acuñado en bronce, ni puede evanecerse viendo su imagen estampada en los sellos o su retrato colocado en lugares destacados. La reina se pasea triunfalmente y es aclamada por el pueblo, pero resulta



José Antonio Jáuregui

## Tótem y líder

En un reciente programa emitido por uno de los canales de la televisión inglesa (ITV, «The David Frost Programme») se sacó a colación el tema de la familia real inglesa. El diálogo se desarrolló en una atmósfera emocional intensa. Se vieron rostros airados y se oyeron frases insultantes. «¿Cómo puede justificarse hoy en día una institución atávica e inútil?», se preguntaron algunos. «¿A qué viene el gastar una suma extravagante de dinero para mantener el fasto y lujo de unos seres desprovistos de todo poder en la sociedad?», arguyeron otros. «No tiene razón de ser el dar un culto tan desproporcionado a una reina que no ha hecho nada para erigir o mejorar el país que así la venera», objetaron unos terceros. A todas estas preguntas se contestó con profunda convicción y aplomo: «Dígame lo que se diga, una cosa es cierta: *Our system works*: nuestro sistema funciona bien». Pero nadie supo dar una respuesta satisfactoria.

Voy a presentar, basándome en un análisis antropológico, algunas reflexiones acerca de la función que pudiera tener esta institución inglesa, en apariencia inútil y pasada de moda.

## Características del tótem

Emile Durkheim descubrió una dimensión importante de la sociedad —el

fenómeno totémico—, analizó certeramente sus dimensiones fundamentales y sopesó con precisión su valor funcional, si bien un exceso de entusiasmo le llevó demasiado lejos en algunas de sus conclusiones. Este gran pensador francés vino a establecer un principio universal que se aplica a la esencia misma de la sociedad y que él mismo enunció así: «El emblematismo es necesario tanto para permitir a la sociedad el tomar conciencia de sí misma como para asegurar la continuidad de esta conciencia» (1). Una sociedad vendría, pues, a necesitar ciertos emblemas cuyo objetivo sería doble en la forma enunciada. En segundo lugar, Durkheim intuyó certeramente en qué consiste la quintaesencia misma del emblema social. Un emblema de esta suerte viene a ser un objeto o persona que es venerado por la sociedad, no por sus cualidades o méritos intrínsecos, sino, simplemente, por encarnar o representar simbólicamente a la sociedad: «Como es obvio, la idea del tótem no es fruto de las sensaciones que los objetos que sirven de totens pudieran evocar; como hemos mostrado, éstos son con frecuencia insignificantes. El lagarto, el gusano, el ratón, la hormiga..., no despiertan en el hombre impresiones grandes y fuertes que podrían en cierto modo equipararse a las emociones religiosas y que, por consiguiente, podrían conferir a dichos objetos un carácter sagrado...». «No es, por tanto, la naturaleza intrínseca de la cosa de la que toma el nombre el clan (el tótem) la que viene a ser objeto de este culto» (2). Como el animal o planta que desempeñan el papel de tótem en algunas sociedades primitivas, la bandera viene a ser un objeto totémico de las sociedades civilizadas. En cuanto totens, el canguro, como la bandera, sirven el mismo propósito y se ajustan a las mismas reglas sociales: «El soldado que muere para rescatar su bandera está bien convencido de no sacrificar su propia vida por un trozo de tela» (3).

El tótem, como se desprende del estudio llevado a cabo por el fundador de l'Année Sociologique, reviste las siguientes características esenciales: 1) Es objeto de un culto ferviente e ilimitado. En ciertas ocasiones significativas —de mayor relieve emocional— la sociedad se reúne para aclamar al

inconcebible y grotesco imaginar a las masas delirantes e histéricas aclamando a mister Wilson mientras se pasea en coche descapotado saludando y sonriendo con los brazos en alto. Nadie se mete con la reina ni inquiera sobre su conducta y vida privada, ni es objeto de críticas, sátiras y chanzas; en cambio el primer ministro es continuamente censurado, criticado y aun caricaturizado. La reina reviste un carácter sagrado y es *Dei Gratia Regina*; el rito del pasaje de su coronación es fastuoso, solemne y sagrado; la misión del líder aquí es puramente secular y profana, desprovista de toda aureola sobrenatural. La reina vive en una mansión especial, rodeada de fasto, lujo y boato; el primer ministro vive en 10, Downing Street, en un número y calle cualquiera, como un ciudadano ordinario —al menos a nivel simbólico.

Al canalizar la necesidad del culto al tótem hacia una monarquía ayuna de poder, el primer ministro queda reducido de tal suerte a un mero líder, y al no existir ninguna posibilidad de convertirse en figura totémica no puede degenerar en el dictador altivo, caprichoso, cruel y tirano. Por otra parte, como el tótem oficial está desprovisto de toda responsabilidad y poder político, aun cuando el heredero real fuere incompetente y débil de carácter podría desempeñar su papel perfectamente sin causar ningún perjuicio a su sociedad.

## La sociedad moderna y los peligros de la tiranía

Una rápida ojeada panorámica a los países civilizados donde se ha eliminado al tótem oficial —la monarquía— nos advierte cuán sabia es la medida de seguir conservando y mimando al tótem, pero disociándolo totalmente del líder. Donde no existe un tótem oficial se da en todo momento el peligro real de que el líder se acapare las prerrogativas del tótem y de que degenera de tal suerte en el dictador y aun en el tirano. La lista de este tipo de líderes-totems sería interminable. Pensemos solamente, a guisa de ilustración, en Stalin y Hitler, dos meros líderes profanos en principio, embarcados en dos sistemas, al menos en teoría, bien dispares y contradictorios; en la práctica dos líderes-totems generados en los tiranos más repugnantes. Si analizamos los hechos objetivamente, observamos que en ambos casos se cumplen puntualmente todas y cada una de las características del tótem que hemos expuesto arriba. ¿Qué tótem se ha visto tan profusamente representado como Stalin? ¡Ya hubiese querido Iván el Terrible ver su efigie inundando cada rincón de su país en cuadros, fotografías y estatuas; dar su nombre a una gran ciudad y a tantas avenidas y ser aclamado con tanto fervor por una masa tan ingente que se concentra para exaltarle! Como hemos visto, una de las características del tótem es el que aparezca revestido de una misión sobrenatural. El tótem es enviado por alguna fuerza que trasciende el orden meramente profano y empírico de este mundo. Pues bien, si analizamos detenidamente los hechos, incluso esta propiedad aparece en las aberrantes figuras totémicas de Stalin y Hitler. En efecto, aunque ambos se embarcaron en el ateísmo, no se presentaron como meros seres humanos elegidos como líderes seculares dentro de un marco puramente humano, al estilo v.g. del primer ministro de Gran Bretaña (líder, no tótem). Ambos cuidaron bien de autodefinirse como enviados y elegidos por el Destino —concepto extraempírico de talante romántico-emocional y del mismo tenor que el concepto de cualquier otro agente sobrenatural, desde el punto de vista del conocimiento empírico o positivista.

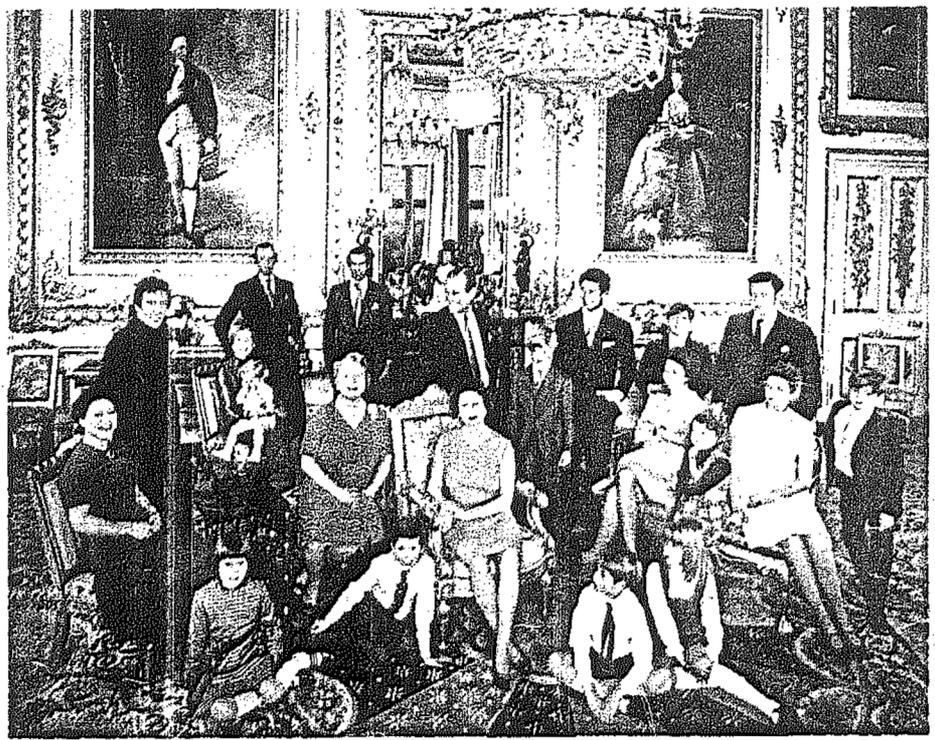
Tal vez el lector habrá parado mientras en algunas sociedades civilizadas contemporáneas, donde pudiere parecer que el culto totémico se ha desva-

recido como un recuerdo del pasado sin dejar huella alguna. ¿No son De Gaulle y Nixon —por citar dos ejemplos— meros líderes como un mister Wilson, o mister Heath, del todo despojados de cualquier ribete de veneración totémica? De ninguna manera. ¿Quién puede imaginar a Mr. Wilson hablando a la nación en los términos y tono emocional con que hablaba De Gaulle a Francia? Resultaría grotesco y ridículo. ¿Quién puede imaginar al primer ministro inglés aclamado triunfalmente al pasearse en coche descubierto como De Gaulle? La veneración popular de carácter totémico que De Gaulle se conquistó se revela, entre otras ocasiones, cuando Pompidou anunció su muerte: «De Gaulle est mort: la France est veuve» (De Gaulle ha muerto: Francia está viuda). Una fórmula con una carga tal de afectividad y de romance respondía perfectamente al sentimiento popular tribal que De Gaulle había despertado en calidad de tótem. No cabe aplicar de ningún modo una tal frase a un simple líder profano. Para canalizar el llanto popular que su muerte provoca, se decide dar a la plaza de l'Étoile —importante símbolo tribal— el nombre del tótem difunto. Se ha comparado a De Gaulle con Luis XIV, y se ha dicho que también el gran Charles pensaba como el Rey Sol: «La France c'est moi!» (Francia soy yo), frase que, lejos de ser una mera explosión altiva del yo hinchado de un megalómano —aunque también lo fuere—, define correctamente lo que el tótem significa para esta sociedad. (Probablemente no se le ocurrió a Durkheim que Luis XIV dio —sin tener conciencia de ello— la definición más concisa y exacta del tótem.)

Asimismo se podrá observar fácilmente cómo las características del tótem no están tan ausentes en Nixon como en Wilson. Solamente quiero destacar a este propósito un hecho actual: el Watergate affaire. Esta crisis se está desarrollando en una atmósfera emocional intensa y reviste un cariz de consternación popular de tipo afectivo que denota cómo Nixon es percibido como figura totémica. Si el líder que no tiene nada de tótem en un momento dado aparece como inepto para un tal cargo, se le despide y, si es preciso, se le castiga, pero no siente el pueblo que por dentro algo importante se desmorona a nivel afectivo profundo. Si algo parecido ocurriera a mister Wilson o a mister Heath, la reacción popular revestiría un cariz muy diverso y no tendría nada de romance. Si mister Nixon estuviese despojado de todo culto totémico como mister Wilson no podría dirigirse a la nación en este trance, como viene haciendo, en un tono totémico: «Americanos: no os preocupéis. Oremos a Dios. Dios bendiga a América...».

## Justificación de la monarquía como institución

«¿Podemos mostrar que el totemismo es un fenómeno universal de toda sociedad humana y que está, por consiguiente, presente en formas diversas en todas las culturas?» (4). Esta pregunta se hizo Radcliffe-Brown sin intentar dar una respuesta. Un análisis antropológico muestra que en las sociedades contemporáneas más civilizadas el culto totémico subsiste y parece irrumpir con una violencia insospechada cuando se intenta arrancarlo de raíz. El culto totémico reviste, además, otras muchas formas en las sociedades contemporáneas que no viene al caso analizar aquí. Solamente se pueden apuntar, a guisa de ejemplo, los futbolistas y otros deportistas, que son venerados no tanto por su mérito intrínseco o real sino en calidad de figuras emblemáticas de un grupo social. Asimismo, los santos patronos son venerados no solamente —y quizá no tanto— por sus méritos personales y por su santidad, sino por representar simbólicamente a la comunidad que los venera. Así, la religión, el de-



La familia real inglesa fotografiada en el castillo de Windsor. Una institución que es garantía de libertad y democracia.



Wilson, como cualquier otro primer ministro británico, sea laborista o conservador, es nunca una figura totémica.



El gran Charles pensaba como el Rey Sol: «La France c'est moi!». Inaplicable en la sociedad británica.

porte y otras instituciones sociales se convierten —o pervierten—, al menos en parte, en fenómenos de corte totémico. Pero, como puede observarse, es en una persona concreta que está a la cabeza de la nación donde principalmente y con mayor fuerza tiende a encarnarse el tótem de una sociedad contemporánea civilizada.

Que tótem y líder puedan conjugarse bien en una determinada persona y sean en una circunstancia histórica concreta un beneficio para una sociedad es posible, naturalmente, y en algunos casos determinados parece innegable. Pero se juega de esta suerte a la lotería. Una institución al estilo de la Gran Bretaña prevé una situación más lógica y razonable que apunta no a la excepción (el líder-tótem adecuado en una determinada circunstancia histórica de una sociedad), sino a la regla (peligro real de que el líder-tótem degenera en tirano), y proporciona de esta suerte una estabilidad mayor para una sociedad y una garantía de libertad y democracia.

Volvamos a la pregunta que se formuló en el programa citado de televisión: «¿Cómo puede justificarse hoy en día una institución atávica e inútil?». Creo que un análisis objetivo de los hechos sociales muestra que, lejos de tratarse de una mera decoración extravagante, atávica e inútil, la existencia y reconocimiento de un tótem oficial desprovisto de poder y separado del líder viene a ser un mecanismo importante que no permite la aparición de ese monstruo narcisista que tan fácilmente puede surgir si el líder se convierte en tótem al mismo tiempo.

J. ANTONIO JAUREGUI  
(Báilloi College, Oxford, 1974)

- (1) E. Durkheim: *Les Formes Élémentaires de la Vie Religieuse*. P.U.F., Paris, 1968 (5<sup>ème</sup> édit), p. 331.
- (2) *Ibid.*, p. 293.
- (3) *Ibid.*, p. 326.
- (4) A. R. Radcliffe-Brown: *Structure and Function in Primitive Society*. Cohen and West, Londres, 1968 (7<sup>th</sup> impr.), p. 123.



Stalin y Hitler: dos líderes-totems degenerados en los tiranos mas repugnantes.

